

ALCANTARA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

Director: CARLOS CALLEJO SERRANO

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRESA: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

SUMARIO

	Páginas	
Las Cartas de Hernán Cortés	3	Hugo Emilio Pedemonte.
Romance del Duero	12	Gerardo Diego.
Llamas de Capuchina.....	13	José Canal.
Algunas interpretaciones de los grabados del tipo «triple recinto»	14	Elias Diéguez Luengo.
Tr. bulación	19	Jesús Delgado Valhondo.
Recordatorio de una ausencia	20	Fátima Martín Pedrilla.
Cuando mueren las rosas.....	26	Miguel Serrano.
Verde	27	Luis Carlos Gutiérrez Gómez.
«El Merabet»	28	Rafael Fiol Paredes.
De Guadalupe al cielo	35	Juan García García.
Silbo gomero	43	Juan Pablos Abril.
Causa personal e intransferible	46	Roberto Fernández Alvarez.
I Recital de poetas de la región	48	Valeriano Gutiérrez Macías.
Letras	50	Juan Luis Majada.
A la tierra que me vio nacer.....	51	Celestino Fernández Díaz.
Arte	52	J. A. Oliver Marcos.
Confesión de un pobre al atardecer	57	Nicolás Sánchez Prieto.
Crónica.....	59	J. A. Oliver Marcos.
El pintor Timoteo Pérez Rubio, visto por el pintor Francisco Lebrato Fuentes	64	Juan Pedro Vera Camacho.
Recensiones	65	Anteo, C. C. S., J. A. Oliver Marcos José Canal y Valeriano Gutiérrez Macías.
Noticia de Revistas	71	

En cumplimiento de la vigente Ley de Prensa esta revista hace constar:

- 1.º Que su empresa editora es la Excelentísima Diputación de Cáceres (Servicios culturales).
- 2.º Que su director, redactores y principales colaboradores son los que figuran en el cuadro inserto en última página.
- 3.º Que siendo sus fines esencialmente culturales y educativos, la revista «Alcántara» no proporciona beneficios comerciales, careciendo de publicidad retribuida.

ALCANTARA

D. Legal CC-26-1958

Año XXIX

ABRIL-MAYO-JUNIO 1974

Núm. 175

Las cartas de Hernán Cortés

Por Hugo Emilio PEDEMONTE



NTE las cuartillas, donde en largas cartas relatava la conquista de México, al mismo tiempo que combatía, Hernán Cortés sentíase otro hombre. El jefe temido y discutidor — según la versión de Bernal Díaz del Castillo — tornábase entonces un relator impasible, sereno. Quisiera o no impresionar pluma en ristre, la verdad es que gracias a la sobriedad, naturalidad y precisión de su estilo, las «Cartas de Relación» son, de las crónicas de la conquista, las que más sobresalen. Sus cualidades de expresión las colocan en un lugar privilegiado en la historia del idioma. No ha faltado quien las comparara al estilo de Julio César, por considerar que las Cartas tienen algo de la tendencia apologética de los «Comentarios», pero con una diferencia: el conquistador extremeño, describiendo al pueblo azteca, sus instituciones y sus costumbres, revela un interés, un sentimiento que no se encuentran en la obra del romano.

Las «Cartas de Relación» son cinco, habiéndose perdido la primera (junio julio de 1519). Los manuscritos de las siguientes —1520,

22, 24 y 26— están en un códice que pertenece actualmente a la Biblioteca de Viena. En las publicaciones de este epistolario, la carta perdida se ha sustituido por una relación enviada a Carlos I por la Justicia y Regimiento de la Villa Rica de Veracruz (10 de junio de 1519) y que se encuentra también en el antes mencionado códice. La correspondencia de Cortés va, además, incluida junto con las «Cartas de Relación».

Parte de esa correspondencia fue publicada, pero aún hay otra parte inédita (que espera una edición, por ejemplo, de la Diptación de Cáceres).

Como Gonzalo Jiménez de Quesada, conquistador de Colombia, Cortés pertenecía al pequeño grupo de hombres letrados que fueron en busca de nuevas tierras y riquezas. «Era algo poeta — escribía Bernal Díaz ¡y no faltaba más! digo yo— hacía coplas en metro y prosa, y en lo que platicaba lo decía apacible y con muy buena retórica».

Las partes más significativas de las Cartas son las que tratan del encuentro de Cortés con el paisaje y la civilización aztecas, que lo sedujeron para el resto de su vida; y las que se refieren a su actuación como gobernante y explorador de nuevas tierras.

Relatando al emperador Carlos las maravillas que ve en la bella Tenochtitlán, escribe Cortés que, para describirlas, bien sería necesario «mucho tiempo, y ser muchos relatores y expertos. No podré yo decir de cien partes una de las que dellas se podrían decir; mas como pudiere, diré algunas cosas de las que ví, que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprender».

Cortés, en verdad, saber ver y hacer ver la grandeza y la extraña belleza de lo que descubre. Y tanto vio que se enamoró románticamente de las nuevas tierras. Para él, una ciudad como Tlascala es mayor que Granada «y muy más fuerte, y de tan buenos edificios, y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan, y de aves, y de caza, y pescados de los ríos, y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas». Describe el mercado principal de Tlascala, donde diariamente 30.000 personas compran y venden. Y si Tlascala es mayor que muchas de las ciudades de España y sus cosas mejores que las de Europa, no es menor el orden que en ella reina: «Es esta provincia de muchos valles llanos y hermosos, y todos labrados y sembrados, sin haber en ella cosa vacua; tiene en

torno la provincia noventa leguas y más. La orden que hasta ahora se ha alcanzado que la gente della tiene en gobernarse es casi como las señorías de Venecia y Génova o Pisa, porque no hay señor general de todos. Hay muchos señores, y todos residen en esta ciudad; y los pueblos de la tierra son labradores, y son vasallos destos señores, y cada uno tiene su tierra por sí; tienen unos más que otros. E para sus guerras que han de ordenar jùntanse todos, y todos juntos las ordenan y conciertan».

Su admiración por Cholula es semejante a la que siente por Tlascala. Y nótese aquí unos de los rasgos que van a caracterizar su política administrativa: el gran interés por hacer de la conquista una colonización. «Esta ciudad es muy fértil de labranzas, porque tiene mucha tierra, y se riega la más parte de ella, y aun es la ciudad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana. E certifico a V. A. que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas».

En Iztapalapa encuentra unas casas en construcción y las describe con minucioso placer: «que son tan buenas como las mejores de España». «Tiene en muchos cuartos altos y bajos jardines muy frescos, de muchos árboles y flores olorosas; asimismo albercas de agua dulce muy bien labradas, con escaleras hasta lo hondo. Tiene una muy grande huerta junto la casa, y sobre ella un mirador de muy hermosos corredores y salas; y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dulce, muy cuadrada, y las paredes della de gentil cantería, e alrededor della un andén de muy buen suelo ladrillado, tan ancho que pueden ir por él cuatro paseándose, y tiene de cuadra cuatrocientos pasos, que son en torno mil y seiscientos. De la otra parte del andén, hacia la pared de la huerta, va todo labrado de cañas con unas vergas, y detrás dellas todo género de arboledas y yerbas olorosas — y dentro del alberca hay mucho pescado y muchas aves, así como lavancos y cercetas y otros géneros de aves de agua y tantas que muchas veces casi cubren el agua».

Empero, la admiración cortesiana llega a su ápice cuando describe la capital del imperio, Tenochtitlán, tan grande como Sevilla y Córdoba, con una plaza dos veces mayor que la de Salamanca; un mercado visitado diariamente por más de sesenta mil personas; y las calles «muy anchas y derechas, y algunas destas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en canoas; y todas las calles de trecho en trecho están abiertas, por do atraviesa el agua de las unas y las otras, e en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay puentes de muy anchas



Carta tercera de relaciō: embiada por Fernādo Cortes capitan 7 justicia mayor del pucatan llamado la nueva españa del mar oceano: al muy alto y potentissimo cesar 7 iuictissimo señor dō Carlos emperador: semper augusto y rey de españa nuestro señor: de las cosas sucedidas 7 muy dignas de admiracion en la conquista y recuperacion de la muy grande 7 maravillosa ciudad de Temixtitan: y de las otras prouincias a ella sujetas que se rebelaron.

y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y tales que por muy muchas dellas pueden pasar diez de caballo juntos a la par».

Después de describir a los ciudadanos, su manera de vestir, y sus templos, palacios y organización fluvial, etc., concluye Cortés: «Y por no ser más prolijo en la relación de las cosas desta gran ciudad (aunque no acabaría tan aína), no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente della hay la manera casi de vivir que en España, y con tan concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas».

Es obvio cómo Cortés es atraído irresistiblemente por la tierra mexicana. Y esta atracción no sólo explica sus actitudes de conciliación y paz sino sus momentos de ira y violencia. Se apasionó por México y su único anhelo era poseerlo, hacerlo suyo. Lo consiguió, pero no como pensaba. Confiado, creyó que su conquista sería pacífica y espontánea; pero cuando México rehusa aceptarlo —aunque despertara Cortés gran admiración como lo prueban sus aliados y amigos entre los indígenas— se lanza aquilidamente sobre él. Cuando los indígenas reaccionan ante el conquistador, Cortés sólo ve enemigos y comienza entonces la destrucción de los templos, plazas y palacios que le habían maravillado. Y a pesar de su coraje, Cortés sigue alimentando el deseo de paz y reconciliación: «Yo les respondí muchas cosas para los atraer a que se diesen, y ninguna cosa aprovechaba, aunque en nosotros veían más muestras y señales de paz que jamás a ningunos vencidos se mostraron, siendo nosotros, con la ayuda de Nuestro Señor, los vencedores».

Cuauhtémoc, jefe de los aztecas, recusa la paz terminantemente. Cortés da orden de arrasar la ciudad de Tenochtitlán que él seguía hallando «la cosa más bella del mundo». ¿Cómo pueden no ser americanos aquellos hombres? (los españoles), pregunta el historiador mexicano Carlos Pereyra, refiriéndose a los soldados que se vinculan a la nueva tierra con lazos tanto más fuertes que los que los ligaban a su patria. Cortés es uno de esos hombres; su entrañamiento a México fue sincero y total, y no es difícil advertirlo si observamos su conducta como gobernador, conquistador y descubridor, orientada siempre por el entusiasmo y el sentimiento que le hacía amar el mundo que pisaba. Caso ejemplar eran sus ideas sobre los «indios» en su relación con los españoles. Cortés comprendió en sus justos términos las partes reales y complejas del problema. Su estancia en las islas, testimoniando los males causados por una colo-

nización deficiente, le permitió encarar con mucha objetividad el caso del indígena mexicano. Esos males son bien conocidos. La gran preocupación de Cortés era la de preservar a México. «Pues consta —dice a Carlos I— que todas o las más de las islas e provincias conquistadas hasta hoy en aquellas partes están despobladas de los naturales, y las que del todo no lo están, arruinadas y disminuidas, que claro muestran llevar el camino de las otras, saber si este daño procedió de la conquista o del proceso de la gobernación».

Cortés veía con claridad y no temía criticar aquellos procesos. Según él, era preciso adoptar medidas que se ajustasen al carácter y la índole del pueblo conquistado. En este sentido, aconsejaba en su carta, que se tuviese especial cuidado en el trato con los indígenas, evitando toda y cualquiera especie de injuria u opresión, y castigando con rigor a aquellos que no acatasen esas determinaciones. Comprendía Cortés que sólo sería posible mantener a los «indios» en paz y obtener de ellos ayuda y cooperación, si el gobierno mantenía una actitud que les inspirara la convicción de que serían «amparados e mantenidos en justicia, así ellos como sus haciendas». Como gobernador, Cortés va a preocuparse, antes que nada, de la colectividad indígena «como ya sugería al describir la ciudad de Cholula—en atraer a los españoles y afincarlos definitivamente en la tierra conquistada. Cuando Fernando «tomó Málaga, después de un sitio largo y duro, pero que no puede compararse con el de México—escribe Madariaga—el Rey Católico condenó a la esclavitud a toda la población de la ciudad vencida». Pregunta entonces el historiador español: «Por qué adoptó Cortés una política diferente»? Y responde: «Porque era un hombre distinto y mayor que Fernando el Católico». (Yo, personalmente, voy más lejos y creo que era más grande que Carlos I) De hecho, Cortés no permitía la esclavitud, entendiéndolo bien pronto que sería humillante para ese pueblo mexicano tan aguerrido como hábil y laborioso, tan extraordinariamente superior a cuantos había conocido en el Nuevo Mundo. Procuró ayudarlo, respetando o mejorando sus instituciones —honrándolo y favoreciéndolo, dice en una de sus cartas. Concedió por eso libertades y cargos de importancia a los indígenas y éstos, a su vez, correspondieron a ese tratamiento, trabajando con ahinco, en la ciudad, como obreros especializados, o en el campo, como agricultores. La actitud de simpatía y comprensión del problema indígena, lleva a Cortés a manifestarse contra el principio de la «encomienda», juzgándolo perjudicial para la colonización: «...los naturales destas partes eran de mucha más capacidad que no los de otras islas, que no parecían

de tanto entendimiento y razón cuanto a uno medianamente basta para ser capaz; y que a esta causa me parecía cosa grave por entonces compelerlos a que sirviesen a los españoles de la manera que los de las otras islas».

Sólo por motivos de interés político y práctico, Cortés aceptará después, contra su voluntad, el sistema de «encomienda». Era menester recompensar a los conquistadores, dándoles posesiones e «indios», en el afán de conseguir una efectiva vinculación étnica y social. Si así no fuese, su administración se vería complicada por más difíciles problemas. Su cuarta carta a Carlos I terminará, a pesar de esto, con una severa crítica a la ganancia de los españoles, insatisfechos con las órdenes que los obligaban a ligarse a la tierra conquistada. «Porque todos o los más—escribe Cortés—tienen pensamientos de se haber con estas tierras como se han habido con las islas que antes se poblaron, que es esquilmarlas y destruirlas, y después dejarlas».

La victoria en Tenochtitlán, sobre Cuauhtémoc, no amengua el ansia de aventuras de Cortés. Aún no cesaba el eco de las batallas y ya procuraba la reconstrucción de la capital, así como la fundación y organización de ciudades: Medellín, Segura de la Frontera, Querétaro y Guadalajara. El astuto guerrero cede lugar al administrador lúcido y objetivo. Y tampoco disminuye el ansia de aventuras con el fin de la resistencia azteca. Cortés organiza expediciones para el conocimiento y la conquista de inéditas tierras y para el mar del Sur. Mantenía vivo el interés por lo desconocido, por las gentes y riquezas que pudiera descubrir. Este capítulo de exploración del territorio es esencial en la obra del conquistador. Inmensa resulta la escala en que Cortés concibe su misión: «Si V. M. fuere servido de me mandar conceder las mercedes que en cierta capitulación envié a suplicar se me hiciesen cerca de este descubrimiento, yo me ofrezco a descubrir por aquí toda la Especería y otras islas, si hobiese acá de Maluco y Malaca y la China». Pero Cortés no recibe de la península los auxilios solicitados, y verá malograrse su gran sueño de extender sus dominios hasta el mar del Sur. No descuida, sin embargo, las exploraciones en el área continental, gastando en ellas grandes sumas de sus propios recursos, extraídos principalmente del trabajo agrícola en Cuernavaca. Es, además, muy importante su actividad en el campo de la agricultura, donde realizó con óptimos resultados, experiencias con la caña de azúcar y la morera. Con respecto a las exploraciones del interior y de las costas mexicanas —que le causaron más daño que beneficio—uno de sus biógrafos es-

cribió que «trabajaba para la geografía después de haberlo hecho para la epopeya». En esa época ya era mucho el prestigio de Cortés. El viaje a España y los acontecimientos posteriores a su regreso a México, en 1530, mostraban que la política de la península y el interés de los cortesanos no coincidían con los sueños y los proyectos del conquistador del Anáhuac. No fue sólo la envidia que predispuso a nobles y funcionarios de la corona contra el brillante soldado y gobernante. La Corte ya cambiaba de orientación respecto a los asuntos del Nuevo Mundo y esto perjudicaba la realización de los proyectos de Cortés. Las cartas que entonces escribió, desde el regreso de su desastrosa expedición a Las Hibueras, en 1526, hasta el año de su muerte en 1547, constituyen la parte más monótona de sus escritos. Viéndose olvidado y desprestigiado por la Corte, sintiendo hasta en los burócratas la hostilidad y la clara intención de herirlo y humillarlo. Cortés se explaya en quejas, críticas y reclamaciones. Es célebre el comienzo de una de sus cartas: «Sacra, Cesárea, Católica Majestad: Pensé que el haber trabajado en la juventud me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso, y así ha cuarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer, y a veces ni bien ni mal, traer las armas a cuestras, poner la persona en peligros, gastar mi hacienda y edad, toda en servicio de Dios, trayendo ovejas en su corral, muy remotas de nuestro hemisferio, e inotas y no escritas en nuestras escrituras, y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi rey, ganándole y trayéndole a su yugo y real cetro muchos y muy grandes reinos y señoríos de muchas bárbaras naciones y gentes, ganados por mi propia persona y expensas, sin ser ayudado en cosa alguna, antes muy estorbado por muchos émulos y envidiosos que, como sanguijuelas, han reventado de hartos de mi sangre». En esa misma carta se refiere Cortés a su expedición a Argel, acompañando como voluntario las tropas que Carlos I organizara a fin de combatir al renegado Azan Agra. Mal estudiada y peor dirigida, la operación resulta un completo fracaso para los españoles que se vieron obligados a una retirada estratégica a Metafuz. En el consejo formado para discutir el rumbo que debía darse a la campaña, no estuvo presente Cortés. Fue dejado de lado a propósito, a pesar de su conocimiento y de su experiencia de gran guerrero, y dicen que hasta sufrió las burlas de algunos «nobles». Todo esto era señal definitiva de que no podía imponerse ya a sus enemigos de la Corte. Su prestigio había realmente desaparecido. Combatir en Argel fue, quizá, una última tentativa del conquistador para recuperar su celebridad y regresar a

México, del que los gananciosos, los resentidos y los envidiosos trataban de apoderarse. Y érale insoportable saber que otros ambicionaban su lejana y amada tierra. Y pleiteando, protestando y escribiendo cartas, vaga por toda España hasta el día 2 de Diciembre de 1547, cuando muere en Castillejo de la Cuesta, después de haber intentado inútilmente regresar a la Nueva España. En su testamento había un ruego: que sus huesos fuesen enviados a México para ser definitivamente inhumado allí. Y en México yace este gran soñador americano, el más grande de los conquistadores del siglo XVI y el extremeño que más proceridad le ha dado a la España del Renacimiento.

